

MATERIALES PARA UNA LECTURA DE LA POESÍA REGIONALISTA

Me lo enseñó el maestro Alfonso Reyes: una vez que las cosas se han visto secas, hay que empeñarse en mirarlas también mojadas. Naturalmente, hablaba él -y hablo yo- de esas sutiles cuestiones del arte y del pensamiento, que ponen siempre a quienes las tratamos ante dimensiones de muy difícil aprehensión. Vamos, que nos va la vida en ello; y pobre de quien no lo entienda así. Pobre, porque su obra -si en obra aquel debate se plasma- apenas irá muy poco más allá de la repetición *ad nauseam* de lo ya dicho por tantos, de lo sabido por casi todos. Y será absolutamente prescindible, en consecuencia. He sido llamado, y cordialmente invitado, por mis buenos amigos del Ateneo de La Laguna, para hablar ante ustedes esta noche. La ocasión, como podrán suponer, me resulta especialmente grata, y qué otra cosa sino gratitud voy a expresar, haciendo público mi afecto hacia ellos y hacia la propia ciudad de La Laguna donde, en distintas etapas de mi vida, he pasado años decisivos y memorables. En el Ateneo mismo, en estas dependencias, placer ocioso y debate cultural ocuparon muchas horas de aquel estudiante universitario que yo era, en los primeros años sesenta; y después -ya mayor y responsable también. Cómo no voy a encontrarme a gusto volviendo por aquí. Sólo espero no serles tedioso, y que mis palabras estén a la altura del encargo que se me ha hecho y al cual me he apli-

cado con el respeto y aprecio que todos ustedes, el Ateneo y La Laguna me merecen.

Hasta aquí, las cosas están muy bien secas; encajan, con la armonía de los afectos, en el todo de la verdad. Y seguiríamos viéndolo seco, si yo me limitase a enhebrar ahora, con mayor o peor fortuna, los lugares comunes a donde siempre conducen el peso de los recuerdos y el impulso del sentimiento. Pero mi actividad, como casi todos saben, es la crítica literaria; y hacer crítica supone una permanente relectura de la tradición, intentando mirar siempre las cosas por el otro lado (es decir, *mojadas*), haciendo preguntas que no se hayan hecho o que no se suelen hacer; poniendo a prueba, en suma ese legado que escritores, historiadores y otros críticos nos han transmitido, y por medio del cual -con sus diferentes aportaciones- intentamos completar la imagen más cierta de un proceso histórico y estético donde reconocernos, sin que ello signifique quedar satisfechos, convertidos en estatuas de sal, de tanto mirar atrás. Todo empezó, mientras pensaba en el asunto de mi conferencia, con una imagen de La Laguna. Mi óptica grancanaria me había enseñado, desde niño, que frente a la ciudad de Las Palmas, todo lo demás era (y sigue siendo) *el campo*. Pero llegué un buen día a La Laguna, y aquella perspectiva se alteró sustancialmente: en Tenerife, el eje cultural -en el más amplio sentido de este término- lo determinaban

tres núcleos dominantes: Santa Cruz, La Laguna, La Orotava. Cada uno, con sus propios intereses; cada uno, por ello, mostraba actitudes diferentes. Simplificando mucho, pues no es éste el momento de entrar en cuestiones que desbordan mis saberes y el estricto cometido que me cumple en esta ocasión, diríamos: un núcleo de modernidad económica; un referente histórico-cultural imprescindible; un centro de prestigio social...

Y comprendí -de forma muy vaga primero, con mayor nitidez conforme avanzaba en mi trabajo- que si Santa Cruz, a fines del siglo XVIII, empieza a definir una hegemonía capitalina ("ciudad exenta", tras la derrota de Nelson, que siempre dejó mal sabor de boca a Domingo Pérez Minik), lo hace en detrimento de los puertos del norte de la isla y, de modo especial, de la tradición histórica que La Laguna guardaba -y guardó más, a partir de entonces- con tanto celo. Y en éstas, que uno ha de habérselas con la literatura de Canarias, y que se entusiasma más cuanto más recorre sus pequeñas pero sugestivas galerías, tentando recovecos algo aislados y oscuros, para averiguar si lo que se dice es como se dice (o como se nos ha querido decir); y llega uno al siglo XIX, y empieza a plantearse preguntas que tienen difícil respuesta, y se tropieza con que La Laguna, en la poesía de ese período, es imagen recurrente para una exaltación de lo propio a la que se alimenta con una falseada idealización de la ciudad, de su historia, de su paisaje. Uno, entonces, se vuelve a preguntar: si Antonio de Viana, a quien en ese rescate convirtieron en *totem* indiscutido, se conformó con los adjetivos "hondo" y "espacioso", para describir la vega y valle laguneros: o si Cairasco (que dijeron tan envevesado) dice, con toda precisión, que ve a la ciudad "ufana/ de ser princesa llana, en firme asiento/ con grato movimiento y rico adorno,/ de montes en contorno rodeada,/ de mieses coronada y de parrales,/ lindas calles iguales y salidas/ a su tiempo floridas, templos, casas..." ¿qué derecho tenían sus herederos decimonónicos a sacar las cosas de madre, como lo hacen, para construir estereotipos cuya grandilocuencia ha perdurado luego, en una desmesura sin sentido?

Traicionaría mis convicciones, y defraudaría las expectativas de todos ustedes, si me aviniera a esa imagen que tanta fortuna ha tenido, echando mano de una poesía tan característica como mal entendida, que muchos -con



La gran generación poética de Gran Canaria: Alonso Quesada, Tomás Morales y Saulo Torón

fervor- dicen que creó escuela, mientras otros le niegan tal título. No creo que tuviera razón Valbuena Prat, que le dio carta de naturaleza académica; y María Rosa Alonso, que la niega, tampoco aporta pruebas suficientes: La Laguna, como tema literario, viene desde Cairasco; no todos los poetas acogidos a esa escolástica denominación habían nacido en La Laguna, nos dice. El asunto tiene que ver, más bien, con intenciones e intereses de otra índole: La Laguna, un referente con el cual se quiere idealizar un pasado de historia y cultura, un prestigio político también, frente al espíritu moderno de Santa Cruz. Pasado y paisaje que Nicolás Estévez hará coincidir con los de Tenerife y, en doblada sinécdoque, con una imagen de Canarias como identidad vuelta sobre sí misma y atada a un ideal primitivo y candoroso, donde pervive el tópico menosprecio de la corte y alabanza de la aldea de nuestros clásicos.

Es fácil, claro, halagar sentimientos; resulta muy eficaz mover ciertos instintos patrióticos. Incluso hoy que, saciados de tanta ciencia y razón, presumimos de estar vacunados contra tales debilidades. Prefiero pensar un poco ante ustedes -y con ustedes, si tienen a bien acompañarme- sobre nuestro siglo XIX literario, y ver cómo, precisamente por cuanto acabo de insinuar (crea un estereotipo que se identifica con la ciudad de más historia y sus rasgos característicos, hasta aquel espíritu triste y decaído con que la vio Jules Leclerq en 1897), esa época supuso una quiebra en la tradición literaria insular y, por más que se defienda lo contrario, un *regreso* y una *claudicación*, también, ante lo que tales actitudes y semejantes propuestas estéticas pretendían rechazar. Porque se copia el modo de la poesía peninsular, se sustituyen sus referentes por los más próximos y se despersionaliza la escritura, en un momento decisivo para que la diferencia de la voz insular se consolidase: ese límite en que la tensión e incertidumbre de la modernidad pedían soluciones estéticas de mayor riesgo.

Hace poco, fui reconvenido (y conmigo Juan Manuel Trujillo) por un joven escritor grancañario cuyo trabajo estimo de verdad. Como joven, que para eso está, José Miguel Perera buscaba los tres pies al gato de lo que entiende error, venga de quien viniere. Y porque creo en lo que hace, me he puesto a pensar en lo que dice; a releer y a repensar cuanto ha sido motivo de su reconvenición: nuestro siglo XIX

literario, que no va mucho más allá del peninsular capitidismuido por tanta torpeza intelectual, no ha sido tan olvidado como Perera Santana se empeña en creer, ni se ha escamoteado su imagen: Sebastián Padrón Acosta o María Rosa Alonso o Juan Manuel Trujillo se han aplicado a su lectura y estudio; por sus aledaños anduvo Domingo Pérez Minik; Sebastián de la Nuez, Alfonso Armas o Sánchez Robayna, con diverso grado de atención, lo han historiado. Yo, discípulo de todos, he querido arriesgar mi propia lectura. Un síntoma, para empezar: la mayor defensa de ese período ha venido siempre de las más estrechas y tímidas posiciones de la crítica académica que muestra con orgullo cómo la pieza insular encaja, sin dificultad alguna, en la historia literaria del XIX español; cosa que le plantea mayores problemas con nuestro barroco o nuestro siglo XVIII y, no digamos, con nuestro modernismo o nuestra vanguardia. Y si nuestro (mostramos) tales reservas es porque -yo, al menos- no reconozco en esos escritores la marca de una diferencia insular; es más, creo que con ellos se produce un cortocircuito debido a la sobrecarga de particularismo patriótico de la cual hacen ostentación.

Nuestro joven replicante dice que no se puede censurar al siglo XIX por ser hijo de su tiempo, fiel a su contexto. ¿Qué contexto, qué tiempo? No lo dice. Ni nosotros lo ocultamos, como insinúa. Al contrario, lo que provoca la traición de nuestra tradición es que nazca y se desarrolle entonces, un *sentimiento* nacionalista, o que se fragüe una crisis política que incuba la división de la provincia y la larga secuela de intereses *aldeanos* que ello trae -ha traído- como consecuencia inevitable. Domingo Pérez Minik ya apunta algo de eso cuando a la preocupación *regionalista* de los poetas de La Laguna (con “sus amores a la tierra natal (...) sus melancolías interiores (...), de espaldas al mar (...) la geografía se ahueca sobre sí misma, se reconcentra y se hace *puro* y *esencial* adentro”) enfrenta la actividad voluntariosamente cosmopolita de la *Revista de Canarias*, en Santa Cruz. O cuando explica cómo los primeros mutilan una de las fuerzas concurrentes a la singularidad de la literatura en las Islas: la tensión centrífuga que en el mar se resume, negada por la reverente celebración del paisaje y la identificación del pasado con la época aborígen. Entonces, vemos que en la Península, como oposición al

centralismo castellano, se había impulsado el resurgimiento de una diversidad medieval de la que, históricamente, Canarias no pudo participar. Vemos que la literatura romántica, implicada en tal operación, acudió -lo explica Luis Cernuda- al rescate de la tradición de un modo mimético, por “importación y remedo”. Nada -sigue Cernuda- de Wordsworth; nada de pensamiento poético y metafísica, como en Novales: sentimentalismo y reivindicación de *lo popular*, halagando “el patriotismo moderno con el elogio de la literatura nacional primitiva”.

Comprendemos así la contradicción, en la poesía insular, de unos temas propios, de una ingenuidad primitiva o una naturaleza virgen, ahormados en “aquel formalismo lírico que desde la Metrópoli llegaba”; en “el énfasis, lo declamatorio y el finisiterre individualista”, para decirlo con Pérez Minik. O en palabras de Francisco M^a Pinto: prevalencia de un “clasicismo ya algo anacrónico” donde perviven ecos de Meléndez, de Cienfuegos, de Quintana. Lo significativo no es que aquello respondiese a la coyuntura del momento, a la común persecución y usurpación de la memoria con que el romanticismo español *construye* lo que José María Ridaol llama el “relato canónico de las diferentes historias nacionales”, en “oposición a los valores de la Ilustración”. Lo curioso, digo, y lo peor, fue que, por halagar el instinto patriótico local, se ahonde en lo irreflexivo y se haga perdurar aquella mentira que supone la explicación forzada -en un relato tipo- de lo que es *inexplicable*, en exacta correspondencia a lo que harían, muy poco después, los escritores del 98. Porque el 98 también supuso un *regreso*, incluso cuando decía rescatar lo perdurable esencial, aquella “eternidad insondable del dolor” que defendiera Azorín.

Con esa generación se estableció un “aterrador predominio del pasado estático sobre el presente, [un] retroceso de tan costosas consecuencias” (Sergio Kovadloff), queriendo “ser lo mismo que ya fuimos”. Cuanto figuraba en “todos los relatos que sirven de fundamento a las concepciones nacionalistas de la historia” (José M^a Ridaol) que, como explica Eugenio Trías, son siempre reduccionistas y sólo alcanzan a saber de raíces, e hipotecan “el presente y el futuro en razón de la estéril nostalgia de un pasado plenamente fantaseado”. Y obligan a “ofrecer quimeras equivalentes a las quimeras ya consagradas”; no tanto para “exaltar glorias”

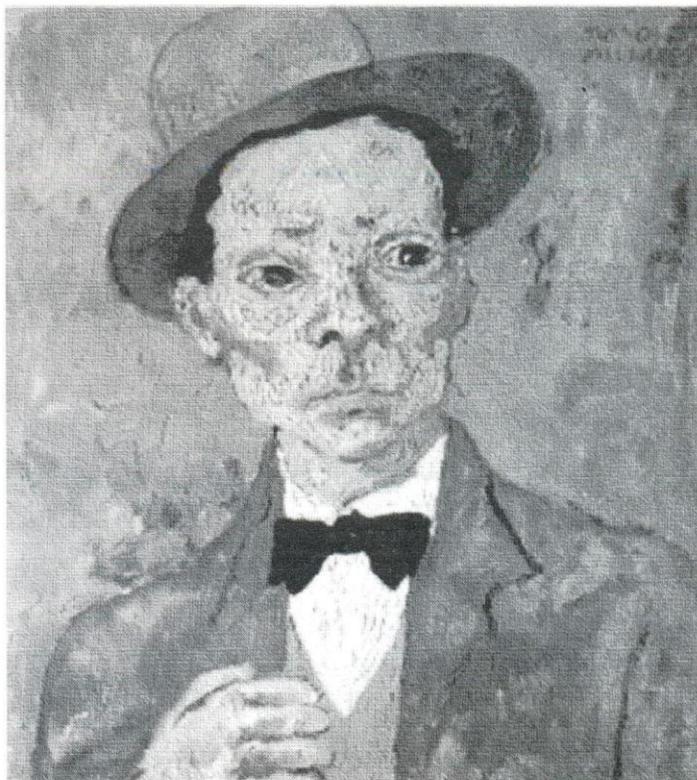
como para “perfilar una identidad victimizada” (versión lacrimógena del privilegio con la cual se eluden responsabilidades, como explican, clarividentes, Pascal Bruckner y Tzvetan Todorov). Esto, lo que hizo el XIX en Canarias; y lo que Valbuena no sólo corroboró, sino estableció como denominación de origen de la insularidad. Equivocada, desde luego. Porque si algo diferencia a la literatura insular es la voz que, desde aquí, se establece -en dialógica disposición- como parte de esa trama de convergencias y divergencias donde la lengua española se zafa de tantas andaderas paralizadoras, para ofrecerse como organismo vivo, cambiante y abierto a la fecundación.

Esa voz propia se ve traicionada por la poesía del siglo XIX, aunque ésta creyera estar haciendo, y defendiendo, todo lo contrario. Al reivindicar, junto a aquel relato *canónico*, una poesía *popular* (y confundir ésta, además, con la canción folklórica) no se hace otra cosa que -como pedían también los noventayochistas- acercarse a una retórica dada, y alejarse cada vez más del habla coloquial que es semilla del discurso moderno de la literatura, y en especial de la poesía. Quienes se dicen *regionalistas* negaron el modernismo por retórico, para *regresar* a la tradición: Tabares Bartlett, desde *El Pueblo Canario*, escribe en 1909 que el modernismo es “la mayor calamidad que ha podido caerle a las letras patrias (...) la tendencia no es nueva, como sabemos; es una especie de resurrección del gongorismo español, del preciosismo francés y del manierismo italiano... Hoy han exhumado la risible momia Rubén Darío, Chocano y el propio Rueda”, a cuyo premio en los Juegos Florales se refería este comentario. El *regionalismo*, pues, quiso poner sordina al modernismo, en la convicción de que habían de cerrarse ojos y oídos a cualquier innovación o moda exterior que *pervirtiera* la pureza de “un alma o carácter propio”.

Esa no era, sin embargo, la singularidad insular, sino, precisamente, cuanto Tabares Bartlett se niega a aceptar, en su crítica al modernismo: el barroco, el preciosismo francés o el manierismo italiano... Por tales estribaciones supieron aventurarse el vizconde de Buen Paso o fray Andrés de Abréu o el canónigo Cairasco. Si Manuel Verdugo o Pedro Pinto de la Rosa salvan aquel límite a que tanta estrechez los condenaba, es porque -como los últimos escritores citados- abren su poesía a un *espacio*

“inventado, compuesto, manufacturado para su excepcional placer, espléndido fondo pintado sugestivamente y donde la estilización fue su canon”; porque “no tienen ninguna referencia real (...) cuando el poeta lleva a los suyos al hogar, **cierra la puerta y sube, a la azotea, en donde el cielo con sus luces le habla en un lenguaje universal amoroso**” (Pérez Minik). Este subir a la azotea, tan insular, tan de nuestra memoria familiar y personal, es un camino de elevación, fuerza centrífuga también, como el mar, que nos impulsa en intenso interrogante hacia la demasía: una frontera que sólo reconoceremos si -como explica José A. Valente en su bella perspectiva “de la ciudad celeste”- antes hemos descendido a la región inferior, sótano de la experiencia. Y esto fue lo que nos trajo el modernismo; por esa vía de la *disposición* limítrofe, recuperó el cabo que el siglo XIX -“enfermo de particularismo”- había dejado suelto.

Para los mal llamados *regionalistas*, La Laguna fue un aire y una geografía; lo mismo que Castilla para el 98. Y María Rosa Alonso no ha sabido prevenir contra ese fraude: en la lectura del poeta Verdugo, dice que el primitivo amor a lo propio, presente en nuestra literatura de los siglos XVI al XVIII, “se transforma, en la época romántica, en morbosa exaltación que les hace deformar la propia historia y cobrar un odio absurdo por el conquistador, toda vez que la población regional se ha formado en la estrecha mezcla de vencedores y vencidos”; toda vez -quisiera añadir- que el propio Viana, en su *Poema*, adopta como paradigma de virtudes la cristianía y la honorabilidad de los castellanos, para significar con ellas una presunta grandeza sin mengua de los aborígenes insulares. Los modernistas vendrían a demostrar que el paisaje de la isla no tenía por qué limitarse a la ortopedia de aquel estereotipo pretencioso y falso; que era una geografía “propicia a toda evasión (...) evasión viajera (...) en Manuel Verdugo. En Luis Rodríguez Figueroa, inquietud cosmopolita (...) hacia lo que no se tiene (...) [en] Pérez Delgado (...) humorismo, máscara y sacrificio”. Una huida, sí, pero en vez de apretándose contra la tierra, reflejando “disconformidad, desgana y pesimismo” y, a través de todo eso, dejando en evidencia nuestra constitutiva incertidumbre. Los modernistas, en La Laguna; y no menos en Las Palmas: pisando aquí (allí) la dudosa línea de la orilla marina, Domingo Rivero aportó pensamiento poético y metafísica a un



Retrato de Alonso Quesada. Manolo Millares, 1951. Casa de Colón. Las Palmas de Gran Canaria

romanticismo remedo de otro no menos mimético; Tomás Morales construyó su espléndido imaginario con el contrapunto de la ciudad comercial; Alonso Quesada hizo que, en el lenguaje, cuerpo al fin, repercutiera su propia quiebra existencias.

Precisamente, el frágil Alonso Quesada llega a La Laguna el 11 de septiembre de 1915. Azarado por su timidez y por sus diecinueve años, debe participar en la Fiesta de las Hespérides que había organizado el Ateneo. Su situación, como la mía hoy, bastante comprometida. Leyó entonces -imagino, siento aquel temblor- un poema, "Salmo del mar", publicado dos días después en el diario *La Prensa*, de Santa Cruz. Leyó también -era preceptivo- un breve "Envío", en verso, a las muchachas que con su belleza realizaban el acto. Puedo adivinar el desconcierto de todos, incluidas aquellas "mujeres que escuchasteis silenciosas/ estas palabras del desconocido;/ que acaso las soñaron vuestras almas/ en más perfume juvenil envueltas". Nada de las convenciones al uso: la tristeza connatural del poeta, cruzada de agudo sarcasmo y despierta malicia, cuando afirma que no tiene "sino el mar para vosotras .../ Soy un mozo rural sin actitudes (...) Mi mar os lleva y trae los recuerdos .../ Amadle siempre". Alonso Quesada escribe para la ocasión; de hecho, nunca recogió en libro este *salmo*, canto de alabanza al paisaje insular -a "la playa de mi tierra", en perfecta coherencia con el espíritu que, todavía en 1915, animaba aquellas fiestas poéticas, organizadas precisamente para la exaltación complacida de lo propio. Pero hay en la etimología de la palabra salmo un matiz que no quisiera pasar por alto: el verbo griego de donde deriva (*Yallein*) significa tañer un instrumento de cuerda, porque se relaciona con otra acción más vulgar a la cual ese verbo también alude: arrancar el pelo, tirar del pelo. Y esta última acepción habla de arrepentimiento o, en su caso, de una expresión ritual de lamento fúnebre. ¿Certificaba el joven grancanario, sin prescindir de la forma establecida, la defunción de aquella poesía de circunstancias y las celebraciones que la acogían?

Que Alonso Quesada evoca, en su salmo, rasgos de la geografía insular es evidente. Pero, en ningún caso se trata de referentes concretos, ni anecdóticos; por un lado, son de carácter genérico (sol, horizonte, mar, playa ...), aunque podamos entenderlos integrados en una "teleología insular"; por otro, aluden a una situación límite frente al espacio en donde se espera una posible *realización* en lo faltante, en una abierta demasia. No creo estar especulando si entiendo entonces que la lectura de "Salmo del mar", en aquella Fiesta de las Hespérides, podría ser (y si no hubo premeditación, ahora se puede leer así) una apuesta por la verdadera diferencia insular, en medio de aquella plaza cercada por la visión grandilocuente, y falsa por tanto en la materia y en la expresión, de la identidad que se quería defender y exaltar. Pero hay más: la relación que el poeta grancanario establece con esos referentes no se halla condicionada por un *sentimiento* irreflexivo. No cabe duda de que hay emoción (y mucha) en sus estrofas; pero es siempre un temblor nacido de la experiencia. Y ahí entroncaría con el sentido de nuestro siglo XVIII: no va Quesada *contra* el sentimiento; su *razón* es procedimiento para defender aquella experiencia frente a la presunta autoridad que acuñaba poéticamente *una* realidad y *una* memoria

insulares: “El mar me está enseñando lo infinito/ de todo amor y toda consecuencia”. Enseñanza que abarca -en plenitud- una experiencia existencial y lo que de ella se sigue, lo que con ella es concorde, pues la reconoce como verdadero principio.

Pero observemos la posición desde la cual el poeta *aguarda* “volver purificado un día”. Frente al mar, en la orilla (como decir, con Verdugo, desde la azotea); una posición que es *disposición*, una inminencia por medio de la cual el poema -ajeno a la temporalidad convencional, a toda *historia*- abre un espacio de conocimiento: la palabra, comienzo de lo siempre nuevo, traza su equidistante bipolaridad con el horizonte, ese “infinito” que es destino; porque “el alma sin el mar, sería un alma/ sin porvenir”. Nada extraño, por tanto, que este mar sea “paternal” o “manantial” o “maestro” (que así lo identifica); nada extraño que contenga, y dé con generosidad, ese secreto suyo que es “certeza de lo invisible”. Alonso Quesada introducía, con su lectura, la disidencia de su moderna *razón fronteriza*, dando a este concepto el sentido que le otorga Eugenio Trías: “un espíritu en formación en la medida en que se halla ‘en camino’ hacia el signo de identidad de su naturaleza de ser libre que resplandece en el horizonte como habitante del futuro”. Lo introducía, digo, en el ámbito de una poesía decimonónica ya claudicante, y en el lugar o centro en que el *regionalismo* se había instalado y encastillado. Y para hacerlo, acude a su siempre aguda e hiriente ironía: “Hombres de poca fe, vieron mis ojos/ cruzar la playa solitarios en vano.../ Y aunque el mar los llamó, ellos huyeron/ por temor a morir sin exequias.../ Y clamaron al cielo, maldiciendo,/ mas demandando una ilusoria ayuda;/ y no oyeron al mar que les hablaba/ de la ignorancia de los cielos todos... !”.

¿A qué fe quiere referirse? Sin duda, su agnosticismo está presente; pero ese temor a morir “sin exequias” apunta a la aventura de cruzar el límite, desdeñada por los temerosos de arriesgarse en la “certeza de lo desconocido”. Y ese deseo de una “ilusoria ayuda”, y esa “ignorancia de los cielos todos”, más que alusión es a cuantos, en ese momento, ponían todo su afán y obsesiones en la vana construcción de una fantasía histórica con la cual identificarse complacidos, aunque negados a la modernidad. ¿A qué fe se refiere, insisto? No a la que ciega por irreflexión; a la fe en el pensamiento. Por eso, la relación entre el poeta y su mar es recíproca mirada (“yo he visto allí, cómo se incendia [mi pensamiento]”), introspección por medio de la cual aquellos referentes de realidad son apariciones e iluminaciones, verdaderos hallazgos, pues en eso consiste la experiencia poética, hermana de la perplejidad inocente y no del resabio y la verborrea presuntuosa. Apariciones que afectan al alma, y al pensamiento que se purifica e incendia e inunda “frente a la inmensidad de tu silencio”.

Una situación interrogativa, inquietadora, expectante (porque el pensamiento crece tras hundirse en aquel abismo), donde nos vamos encontrando y reconociendo verdaderos insulares de atlántica excentricidad. Y no en aquella construcción histórica de una pretendida esencia insular, de la que nos hablan los conversos a ese otro *casticismo* del “Pico del Teide, la choza, la vereda entre zarzales, el barranco pedregoso ...”, como escribió Juan Manuel Trujillo. Porque el incendio de ese pensamiento de Quesada se produce “en el

ocaso al traspasar la ruta”. No en el orto, origen que “se revela como un final aparente y una meta provisional” (Thomas Mann); Alonso Quesada sabe que la poesía moderna debe cumplir ese viaje hacia lo oscuro, y que es en él donde la insularidad también se realiza. Porque escribe *traspasar*, no se va por las ramas del *trascender*: se arriesga y entrega en la aventura de la demasia, no se queda paralizado en la “montaña/ árida de la tierra abandonada”, sino que abraza ese “mar de la noche, el del sagrado sueño/ sobre el herido lomo de la Atlántida”; y su victoria, “el triunfo/ del infinito, sobre el sol, vencido”. Todo corre hacia poniente, reducto del misterio que sólo se revela en lo oscuro. El tiempo, entonces, es espacio, territorio de la palabra poética con su vértigo: “¡Mar sobre mí, dentro de mí...! ¿Y el alma, entonces?/ El alma es un torrente de armonía (...) una ruta de luz (...) un enorme secreto de espacio, una inmensa pasión (...) contenida en lo eterno”. *Contenida*, porque en su seno se halla; pero *contenida*, también, porque sólo lo eterno puede ser límite que detenga al alma en su viaje, y ya no pueda -ni necesite- decir más.

Y por si todo esto no bastara, la escritura fragmentada y sin unidad; esas estrofas que corresponden a impulsos de emoción, están sembrando su semilla de discordia en el ritmo y la armonía habituales en aquella poesía encelada por una hueca retórica, que sólo reproducía -como segunda voz- la marcada por el coro del romanticismo peninsular, tan pobre como equivocado. La sintaxis antipoética de Quesada, su querencia a las alternativas del habla, a la viveza coloquial (que no son modos de la *poesía popular*), alteran el verso que deja de ser unidad rítmica, a pesar de que lo veamos así: pausas y silencio y anacolutos burlan, a cada paso, la escritura declamatoria de una composición que, presumiblemente, habría de solicitarla. Inversión irónica que afecta por igual a la grandeza del mito (la Atlántida) y a la elevación cósmica (Cielos, Infiernos, Satanás, Dios) que el mar abate y hace cordial “porque él nos dice que la fuerza es nuestra;/ y todo es nuestro”. Acicates -estos recursos- para mover la poesía insular desde un *regionalismo* mendaz hasta un modernismo que no sólo abre cauce a la poesía contemporánea, que enlaza también (y la hace grande, porque la justifica) con la verdadera tradición de nuestra diferencia.

Pero aquella visita de Alonso Quesada a La Laguna dejó otro testimonio literario no menos valioso para el asunto que hoy nos ocupa. El poeta, como se sabe, había publicado ese mismo año *El lino de los sueños*, y en Las Palmas era redactor del diario *Ecos* que, poco después, llegaría a dirigir. Pues bien, el 19 de septiembre (Lázaro Santana dice el 25), ese periódico recoge una crónica poética de Quesada, que el escritor fecha en La Laguna el día 13 del mismo mes y año. Este texto se ha querido ver como prueba de un posible noviazgo juvenil del poeta con una muchacha lagunera, del que no hay más noticia. Alfonso O’Shanahan dice que el dato se lo transmitió doña Laura Grote. Lo que ya no resulta tan cierto es que, de la lectura de “Balada infantil” se deduzca aquel presunto enamoramiento; y menos, que la muchacha aludida le correspondiese. Pero leamos, y veamos lo que nos importa en relación con ese debate implícito que Quesada sostiene con la escritura *regionalista*.

Vuelve nuestro autor a situarse en un lugar preciso, cuyas referencias son claras: el Camino Largo de la dedicatoria; la “ciudad vieja” o la “ciudad amable” “a unas horas de nuestro hogar”; pero tenemos también los “senderos verdecidos” y “la tierra húmeda” y los árboles y el agua; está, en fin, la “mañana de fiesta”, “maravillosa y aldeana” ... No esconde el escritor que el fondo de esa escena es La Laguna; se fija, además, en lo característico; no renuncia a la emoción que causa el “anhelo de buscar raíces para nosotros, en este camino, raíces que nos sujeten eternamente a este suelo tan soñado”. Ahora bien, en ningún momento se puede hablar de fijación *costumbrista*, ni adopta ante el paisaje una actitud grandilocuente que entienda -y exprese- aquella realidad como ideal insuperable (“estos árboles nuevos que han surgido súbitamente”, poco tienen que ver con los pinos y araucarias que, para Antonio Zerolo, eran “liras rústicas del viento”). Y la clave está en esa “transparencia inverosímil” de la que habla nada más comenzar; en esa novedad de la mañana: cuanto inicia y cambia y abre el mundo porque “llevamos algo esplendoroso en el pecho”: se repite aquella *disposición* de orilla en esta experiencia de anhelo de luz. No tanto *volver* a las raíces; lo que desea es arraigar para empezar la vida siempre. Y de ahí que irrumpa el duro dolor de la experiencia en esta ciudad “no podremos vivir más días”; el agua que “he visto

brotar en mi corazón” corre, “alborozada y buena, en busca del amor de otros rosales lejanos”.

Disposición. Que es detenimiento y apertura de espacio, por donde la vibración del espíritu se tiende (y extiende) hacia los “senderos verdecidos”, en “un momento de infantilidad”. No confundir con niñez. Aquí, lo infantil alude a su sentido etimológico de no tener palabra, de estar en ese momento previo del balbuceo, del no saber, donde brota una palabra fundacional, y por eso poética. Punto de partida para un conocer diferente que no se contenta sino con la totalidad allí ofrecida. El poeta, quien no sabe y pone su palabra, como temblor, para averiguar; quien, como el niño, olvida “todas las cosas que han venido sucediendo” y se concentra en el momento de su hallazgo. No recupera tontamente los recuerdos, se pierde “por las galerías de este sueño” y accede al sentido universal de la existencia, que más nítidamente se revela a quien hacia los abismos de la incertidumbre se alonga. “Quisiéramos crear una palabra -escribe Valente, desde su azotea almeriense-, una sola palabra, que fuese igual a este espacio quieto e infinito donde, sin embargo, el mundo muere y nace al otro lado de su propia imagen”. Estas líneas hallan preludeo, y primera voz, en las de este Quesada *infantil* que, en el límite luminoso de aquella “mañana de fiesta” en el Camino Largo, detiene sus pasos y habla, al sentirse *inundado* de perfección (como, antes, su pensamiento de mar) y liberado del “esplín socialista”, del suceso y la disciplina del tiempo. Se arriesga hacia lo que Valente identifica como “costado opuesto de la luz”, y él determina -en parigual entendimiento- al decir: “nos perdemos en la memoria de las gentes, poco a poco, como el alma, por las galerías de este sueño”.

Pero existe otra bipolaridad espacial dentro de esa primera. La que determinan los personajes de la escena, pequeña anécdota que se resume en baile (bailada, *balada*) de miradas. Y aquí entra el asunto de la muchacha lagunera y el supuesto enamoramiento del poeta. No hay por qué dudar de dicha circunstancia; pero lo que “Balada infantil” nos propone es, una vez más, la temerosa incertidumbre que siempre atenazó a Quesada, a la hora de enfrentarse a la mujer. Con “dos amiguitas” -dice- pasea aquí por el Camino Largo. Se sabe que son Laura Grote y Dolores Trujillo ... Pero la charla cordial y la compañía amena tienen su contrapunto feroz: “Unas



muchachas fuertes, rojas, con los senos violentos y los ojos firmes sobre el horizonte” (subrayo los adjetivos y su intención), atraen la mirada del joven escritor. Nada que ver, por cierto, ni con la lechera de Tabares Bartlett ni con las zagalas de Patricio Perera. Para Quesada, una sensualidad particular que aviva el mundo y lo proyecta, con firme mirada, precisamente, hacia la demasía y lo faltante. Porque las muchachas vuelven a aparecer: “una bandada de mozas aldeanas (...) recias, rojas, sanas ... ¡inmensamente sanas! -Y el sol sonando sobre ese temblor de salud. Las mozas duras, tostadas”. Insisto en el adjetivo; y en el desconsuelo, ahora, del enfermo que siempre fue Quesada ante tanto derroche de salud cuyo estallido repercute sonoro en el sol.

Y mientras, en sagaz contrapunto, como dije, la conversación: “-Cuando seamos hombres (...) cuando abunde el dinero, haremos aquí una casa para el sol, para los hijos, y un jardín y una huerta ... Y la mujer que nos acompañará tendrá todas las perfecciones interiores y nos aguardará a la noche, junto a la puerta de su casa... ¡Y al fin, un día lejano, nos perderemos en la memoria de las gentes...”. Todo lo convencional, cierto; pero con una sabia incorporación del habla, uso de la lengua que no esconde la segunda intención, que deja bien clara la ironía. ¿Dónde, pues, la fiesta y la mañana nueva y la transparencia y el placer de la naturaleza elemental? No en el estereotipo bucólico; en el deslumbramiento de opulenta sensualidad. ¿Dónde la mujer que, dicen, enamoró al poeta? No, desde luego, en ese ideal “de perfecciones interiores” que a la costumbre se encaminan; en aquella otra mirada firme en el horizonte, en la salud inmensa y el placer completo. Lo inalcanzable. Bien es verdad que la resignación quesadiana -su temor a tener que darse fuera de la literatura- acabó por arrumbarlo en su aislamiento, en su “versión lacrimógena del privilegio”. Pudo con él su complejo de aislado, tan insular, tan nocivo para tantos. Víctima fue siempre porque quiso; o mejor, porque siempre temió las consecuencias del salto mortal que, con sus credenciales, podría haber dado como ningún otro escritor español de su tiempo. Pero éste es ya otro asunto que sería bueno debatir también.

Poemas de Alonso Quesada. Recitados por el autor en la *Fiesta de las Hespérides* 11 de septiembre de 1915 Teatro Leal. Publicados en el periódico *La Prensa* el 14 de septiembre de 1915

SALMO DEL MAR

Allá, en la playa de mi tierra, aguardo siempre volver, purificado un día; el mar me está enseñando lo infinito de todo amor y toda consecuencia ...

El mar es el maestro de lo serio, de la salud y de la fortaleza ... El alma, sin el mar, sería un alma sin porvenir en el celeste prado ...!

Aprende con el mar a forjar oro de sol en las entrañas de tu ensueño; y a guardar, por el día, las estrellas que es cuidar, económico, el futuro ... Mañana has de tornar y otra lejana hora has de quedar en el Silencio, vivo ... Clamorosamente luminoso, eterno ...! El mar vendrá a tu mano y de tu mano brotará el mar que te enseñó el secreto ... Amigo el mar: el de los claros días que acercan la esperanza y hacen puro el pensamiento, como el horizonte ...

Yo he visto allí, cómo se incendia el mío en el ocaso al traspasar la ruta ...!

Amigo el mar: que da las dulces nuevas del bienestar y ahuyenta la tristeza. Que viene por las noches más querido, pues siete estrellas han nacido de él ...!

Allá se aleja algún navío negro ... y aquí, en el corazón, la infancia muere ... Pero él entra en el alma a borbotones, para afirmar, la eternidad mañana ...!

Hombres de poca fe, vieron mis ojos cruzar la playa solitarios en vano ...

Y aunque el mar los llamó, ellos huyeron por temor a morir sin exequias ... Y clamaron al cielo, maldiciendo, mas demandando una ilusoria ayuda; y no oyeron al mar que les hablaba de la ignorancia de los cielos todos ...!

Con el mar, lo cordial se hace divino;
porque él nos dice que la fuerza es nuestra;
y todo es nuestro, y el Infierno, y el Cielo,
el Satanás y el Dios somos nosotros ...

¡Oh mar maravilloso! La certeza
de lo invisible, y el amor perfecto.
Diamante de atrevidas claridades ...
Inundación de pensamiento un día ...

Mar de la tarde, frente a la montaña
árida de la tierra abandonada ...!
Cuántas veces cruzaron en silencio
sobre nosotros mismos nuestras sombras ...!

Mar de la noche, el del sagrado sueño
sobre el herido lomo de la Atlántida.
Fue la victoria de ese gesto, el triunfo
del infinito, sobre el sol, vencido ...!
Mar matinal: el de las sanas brisas
para el hogar, y la mujer, y el hijo ...
Para el sendero de Jesús dispuesto,
y la alegría de la casa nueva ...

Próvido mar, que refrenó la angustia
del corazón el día en que mis años
mozos se hallaron solos, sin camino,
frente a la inmensidad de tu silencio ...

Mar paternal, armonioso y bueno
para esperar eternamente, libre
de odio y rencor, confirmación etérea ...
Ahora siento que vuelvo de remotas
playas doradas, y que parto ahora
sin pensamiento, que se hundió en tu abismo,
donde lo alcanzaré cuando retorne ...

¡Mar sobre mí, dentro de mí ...! ¿Y el alma, entonces?
El alma es un torrente de armonía
sideral en la vasta planicie celeste ...!
Una ruta de luz en las noches latinas ...
sobre el sueño infantil de los lagos serenos;
un enorme secreto de espacio, una inmensa
pasión sin amor ni dolor, contenida en lo eterno...!

ENVÍO

Mujeres que escuchasteis silenciosas
estas palabras del desconocido;
que acaso las soñaron vuestras almas
en más perfume juvenil envueltas!
Mujeres bien queridas, que esperasteis

ver cómo el sueño vuestro no era un sueño,
y que al abrir el corazón hallasteis
un aire seco de llanura en él ...

Sueños de fina seda, que esos ojos
divinos han hallado en el camino
de mi alma como una rosa mañanera!
Yo los vi disiparse lentamente,
huir de mí, como los míos huyen ...!

Mi corazón, mujeres, se ha labrado
tierra adentro, con el sol rudo y bravío ...
No tengo sino mar para vosotras ...
Soy un mozo rural sin actitudes ...

Mas sois mujeres: y ante mí las manos
perdonadoras se elevaron buenas ...
Y esos ojos que nunca me miraron
vieron volar con infinita angustia
el pegaso fatal, que yo cabalgo ...
después que supe que no hay más servicio
contra el amor, que el vuelo desatado ...!

Gracias por mí y por ellas, las hermanas ...!
Mi mar os lleva y trae los recuerdos ...
Amadle siempre. El sanará los hijos.
Y él os pondrá una luz sobre la frente ...!

BALADA INFANTIL

Para las dos amiguitas que me acompañaron
esta mañana por el
Camino Largo

Una mañana de fiesta; una transparencia inverosímil sobre nosotros; los húmedos caminos de la ciudad vieja hoy más buenos que nunca porque llevamos algo esplendoroso en el pecho: el resonar de una emoción nueva. Silencio. Unas muchachas fuertes, rojas, con los senos violentos y los ojos firmes sobre el horizonte, cruzan a nuestro lado. El cielo, azul ...

Y sentimos el anhelo de buscar raíces para nosotros, en este camino, raíces que nos sujeten eternamente a este suelo tan soñado. Y pensamos que a unas horas del hogar nuestro está esta ciudad amable, que nos ha embrujado el alma, y en la que no podremos vivir más días!

Detenemos nuestros pasos, para extender la vibración de nuestro espíritu sobre estos senderos verdecidos. Hay un momento de infantilidad en nuestro corazón; un olvido de todas las cosas que han venido sucediendo:

Cuando seamos hombres -decimos-, cuando abunde el dinero, haremos aquí una casa para el sol, para los hijos, y un jardín y una huerta ... Y la mujer que nos acompañará tendrá todas las perfecciones interiores y nos aguardará a la noche, junto a la puerta de su casa ... ¡Y al fin, un día lejano, nos perderemos en la memoria de las gentes poco a poco, como el alma, por las galerías de este sueño ...

Clara mañana tan nueva para mí ... y tan vieja en mi pensamiento; mañana esperada, maravillosa y aldeana, que nos inundas de perfección y nos libras de esplín socialista ...! Hoy has brotado para mi corazón y para mis amiguitas, hoy has nacido para que yo pueda olvidar toda cosa que no nace de ti; toda cosa que de ti nace: el árbol y el agua. ¡Estos árboles nuevos que han surgido súbitamente contigo; esta agua, que suena lejos, cercana ..., a nuestros pies ... ¡dentro de nuestra propia vida ... !

Una bandada de mozas aldeanas cruzan; recias, rojas, sanas ... ¡inmensamente sanas! -Y el sol sonando sobre este temblor de salud. Las mozas duras, tostadas; el agua luminosa, la tierra húmeda; los árboles sujetos a la tierra, como si sintieran la razón de su fortaleza infinita ... Hermano árbol, hermana agua, padre sol ... !

Yo he llegado a sentir, amiguitas mías, por un instante, que todo esto lo han forjado mis manos un día remoto ... Y es tan clara la certeza, que he visto brotar de mi corazón el agua..., ¡el agua que corrió por los campos, alborozada y buena, en busca del amor de otros rosales lejanos ...!

(La Laguna, 13-9-1915)

